

Mié
18
Nov
2009

Evangelio del día

[Trigésima tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar](#)

“¿Por qué no pusiste mi dinero en el banco?”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Macabeos 7,1.20-31

En aquellos días, arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la ley.

En extremo admirable y digna de recuerdo fue la madre, quien, viendo morir a sus siete hijos en el espacio de un día, lo soportó con entereza, esperando en el Señor. Con noble actitud, uniendo un temple viril a la ternura femenina, fue animando a cada uno y les decía en su lengua patria:

«Yo no sé cómo aparecisteis en mi seno: yo no os regalé el aliento ni la vida, ni organicé los elementos de vuestro organismo. Fue el Creador del universo, quien modela la raza humana y determina el origen de todo. Él, por su misericordia, os devolverá el aliento y la vida, si ahora os sacrificáis por su ley».

Antíoco creyó que la mujer lo despreciaba, y sospechó que lo estaba insultando.

Todavía quedaba el más pequeño, y el rey intentaba persuadirlo; más aún, le juraba que si renegaba de sus tradiciones lo haría rico y feliz, lo tendría por amigo y le daría algún cargo.

Pero como el muchacho no le hacía el menor caso, el rey llamó a la madre y le rogaba que aconsejase al chiquillo para su bien.

Tanto le insistió, que la madre accedió a persuadir al hijo: se inclinó hacia él y, riéndose del cruel tirano, habló así en su idioma patrio:

«Hijo mío, ten piedad de mí, que te llevé nueve meses en el seno, te amamenté y te crié durante tres años, y te he alimentado hasta que te has hecho mozo! Hijo mío, te lo suplico, mira el cielo y la tierra, fíjate en todo lo que contienen, y ten presente que Dios lo creó todo de la nada, y el mismo origen tiene el género humano. No temas a ese verdugo; mantente a la altura de tus hermanos y acepta la muerte. Así, por la misericordia de Dios, te recobraré junto con ellos».

Estaba todavía hablando, cuando el muchacho dijo:

«¿Qué esperáis? No obedezco el mandato del rey; obedezco el mandato de la ley dada a nuestros padres por medio de Moisés. Pero tú, que eres el causante de todas las desgracias de los hebreos, no escaparás de las manos de Dios».

Salmo de hoy

Salmo 16,1.5-6.8.15 R/. Al despertar, Señor, me saciaré de tu semblante

Señor, escucha mi apelación,
atiende a mis clamores,
presta oído a mi súplica,
que en mis labios no hay engaño. R/.

Mis pies estuvieron firmes en tus caminos,
y no vacilaron mis pasos.
Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío;
inclina el oído y escucha mis palabras. R/.

Guárdame como a las niñas de tus ojos,
a la sombra de tus alas escóndeme.
Yo con mi apelación vengo a tu presencia,
y al despertar me saciaré de tu semblante. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 19,11-28

En aquel tiempo, Jesús dijo una parábola, porque estaba él cerca de Jerusalén y pensaban que el reino de Dios iba a manifestarse enseguida.

Dijo, pues:

«Un hombre noble se marchó a un país lejano para conseguirse el título de rey, y volver después.

Llamó a diez siervos suyos y les repartió diez minas de oro, diciéndoles:

“Negociad mientras vuelvo”.

Pero sus conciudadanos lo aborrecían y enviaron tras de él una embajada diciendo:
“No queremos que este llegue a reinar sobre nosotros”.

Cuando regresó de conseguir el título real, mandó llamar a su presencia a los siervos a quienes había dado el dinero, para enterarse de lo que había ganado cada uno.

El primero se presentó y dijo:
“Señor, tu mina ha producido diez”.

Él le dijo:
“Muy bien, siervo bueno; ya que has sido fiel en lo pequeño, recibe el gobierno de diez ciudades”.

El segundo llegó y dijo:
“Tu mina, señor, ha rendido cinco”.

A ese le dijo también:
“Pues toma tú el mando de cinco ciudades”.

El otro llegó y dijo:
“Señor, aquí está tu mina; la he tenido guardada en un pañuelo, porque tenía miedo, pues eres un hombre exigente que retiras lo que no has depositado y siegas lo que no has sembrado”.

Él le dijo:
“Por tu boca te juzgo, siervo malo. ¿Conque sabías que soy exigente, que retiro lo que no he depositado y siego lo que no he sembrado? Pues ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco? Al volver yo, lo habría cobrado con los intereses”. Entonces dijo a los presentes:
“Quitadle a este la mina y dádsela al que tiene diez minas”.

Le dijeron:
“Señor, ya tiene diez minas”.

“Os digo: al que tiene se le dará, pero al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Y en cuanto a esos enemigos míos, que no querían que llegase a reinar sobre ellos, traedlos acá y degolladlos en mi presencia”».

Dicho esto, caminaba delante de ellos, subiendo hacia Jerusalén.

Reflexión del Evangelio de hoy

Mártires y confesores

Sobresale hoy la estampa de una madre macabea, cuya norma de conducta incluso sobre sus seres más queridos, los hijos, es la voluntad de Dios. Sobresale, porque llevado hasta las últimas consecuencias, “ve morir a sus siete hijos en el espacio de un día por obedecer a Dios antes que a Antíoco IV”, aunque intentó éste seducirlos y conducirlos a lo que él tenía por religión oficial, olvidándose de Yahvé
Sorprendente, admirable y encomiable. Porque conductas de ese tipo no se improvisan; se preparan tratando de mantenerse fieles a la alianza con Dios hasta en los detalles aparentemente insignificantes como el de abstenerse de comer carne prohibida.

“Negociad mientras vuelvo”

Lo importante no es conocer el momento de la llegada del Reino de Dios, o el lugar donde vaya a tener lugar. Esto era lo que preocupaba a algunos de los que acompañaban a Jesús, camino y ya cerca de Jerusalén. Lo importante es lo que hay que hacer mientras se está de camino. “Negociad mientras vuelvo”. Y no sólo lo que hay que hacer sino cómo hay que hacerlo, o sea, la actitud de los que negociamos. Porque, como los empleados de la parábola, nadie debería, cuerdamente, quejarse con nostalgia o envidia de lo recibido. Ellos y nosotros, todos, hemos recibido más de lo que merecemos, pero “para negociar” con elegancia, cordialidad y, si es posible, eficacia.

Dineros y talentos

El Evangelio habla, simbólicamente, de dineros, talentos y minas. Nosotros tenemos hoy otros nombres más acordes con los valores e ideales evangélicos a los que Jesús hace referencia. Se trata de dineros y riquezas, pero no de los se guardan en los bancos, sino de los que, en forma de cualidades y actitudes, adornan y enriquecen a la persona, y facilitan el proyecto del Reino de Dios. Jesús, otras veces, lo comparó con tesoros escondidos en el campo o perlas preciosas, en cuya consecución se vende cuanto se tiene.

Se trata de compartir el amor de Dios —en todos sus detalles y manifestaciones— con cuantos puedan contactar con nosotros en los caminos de la vida, con respeto hacia los que no piensen como nosotros, pero sin tacañería, con liberalidad y largueza. Sin obsesionarnos nunca en el “cuánto”, aunque negociando siempre según nuestra capacidad. Porque Dios no es ningún ejecutivo agresivo, sino sólo y nada menos que un Padre, deseoso de decirnos: “Pasa al banquete de tu Señor”.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)